

El caso de que, imposibilitado para dirigir ú ordenar las operaciones militares porque se lo vedan las leyes, esté sujeto á los propósitos ó á las veleidades de un gabinete parlamentario.—Tal fué la situación de Juárez hasta mediados de 1863.

Así, y para explicar mi tesis con ejemplos, Carlos XII, Federico y Napoleón fueron plenamente responsables de todas las derrotas y causa de todos los triunfos que obtuvieron sus armas. Nicolás II (y escojo el tipo del monarca absoluto) no será justiciable, históricamente hablando, sino por lo que ve á la suprema dirección de la campaña;—negociaciones diplomáticas, declaración ó aceptación de la guerra, órdenes para la movilización y avituallamiento de las tropas, grandes lineamientos para la defensa ó el ataque, oportunidad para concertar paces, etc.,—lo demás será del resorte exclusivo de ministros, generales, é intendentes, pues resultaría absurdo hacer cargos ó dirigir alabanzas al Emperador por la fortificación perfecta ó deficiente de una plaza, por el funcionamiento rápido ó tortuoso de un tren ó por la mortandad mayor ó menor de una batalla. La reina Victoria ó el presidente Loubet son la muestra del último tipo de jefes de estado: ni las buenas ni las malas fortunas, ni las rachas favorables ni las adversas, son argumento en pro ni en contra de sus aptitudes—pues muy bien pueden no tener ninguna, ó ser unos girifaltes y perderse de vista en lo de mandar y organizar ejércitos. Como jefes de estado irresponsables, serían idénticos el *fieldmarshall* Von Moltke y la reina Guillermina.

Voy á examinar la *conducta militar* (si pueden tener conducta militar los hombres civiles) de Juárez artes de su salida de la capital de la República, el 31 de Mayo de 1863. Podría muy bien colocarle en la categoría de los presidentes que reinan y no gobiernan, pues sobrarían razones para ello; pero apenas trataré de justificarle mediante tal procedimiento: le miraré siempre como mandatario plenamente responsable y asumiendo la alta dirección de los asuntos de guerra, pero sin admitir que se le haga cargos por nada que no sea esa elevada dirección.

JUAREZ HIZO BIEN EN MANDAR QUE SE DEFENDIERA

LA CIUDAD DE PUEBLA.

«Se defiende una plaza para que no sea tomada, dice el señor Bulnes, cuando su ocupación por el enemigo significa un golpe

mortal en la moral de los ejércitos nacionales, como sucede con las capitales de las naciones..... cuando sirve de gran almacén de provisiones de boca y de guerray cuando en su interior convergen gran número de vías de comunicación con lugares estratégicos á disposición ó empleados por ejércitos activos.....» También debe defenderse una plaza fuerte «para que sea tomada, pero que su defensa sirva para distraer las fuerzas del enemigo ó ganar tiempo para que se puedan organizar otras capaces de combatir militarmente.»

«Si la ciudad de México, observa el mismo autor, hubiera sido tomada en mayo de 1862, las consecuencias hubieran sido terribles.» No sé porqué lo que habría constituido una catástrofe en mayo del 62, dejaría de serlo y hasta se convertiría en una bendición en mayo del 63 ó uno, dos ó tres años más tarde. Al defender á Puebla, Juárez no procuró sino alejar, en lo que podía, la toma de la capital, pues ya se figuraba que este acontecimiento había de traer, como trajo, «consecuencias terribles,» para evitar las cuales valía la pena de impender los mayores sacrificios en hombres y en dinero.

Ya se sabe cual es el procedimiento histórico del señor Bulnes: acepta respecto de los sucesos todas las hipótesis posibles, menos la del extremo que se realizó, y apoyado en esa base demarca escrupulosamente los deberes de hombres de estado, generales, ejército y pueblo. Sistema verdaderamente excepcional, pues equivaldría á que un crítico de arte, teniendo que juzgar un cuadro, resolviera que el pintor debía dedicarse á la poesía lírica, ó que al examinar una novela declarara que el literato debía haber aplicado sus esfuerzos á la filología ó á la arquitectura ó al arte de los jardines Víctor Hugo decía con mucha razón á uno de sus censores que estaba atacado de la manía del Sr. Bulnes: «júzgueme usted por lo que hice, no por lo que debí haber hecho; si cree el género de poesía que tanto le agrada, superior al que yo practico, póngase á hacer versos; entonces yo le juzgaré y podré decir si ha salido tan airoso al practicar como al predicar.»

Ségún el Sr. Bulnes, el primer *deber* de Juárez ante la inminencia de la invasión, era evitar la formación de ejércitos y limitarse á levantar guerrillas irregulares que hubieran hostilizado sin descanso al enemigo.

Lo que se imponía como deber imprescindible en mayo del 63, debe de haberlo sido con más razón en mayo del 62. Así, pues,

Zaragoza debió dividir sus seis mil hombres, en diez, doce, veinte ó cien guerrillas, que hubieran hostilizado los flancos ó la retaguardia de los franceses, les hubieran hecho bajas, les hubieran impedido proveerse hasta de lo más indispensable y si era posible hubieran copado los convoyes que aquellos recibieran.

Las guerrillas, que son eficaces para conseguir que el enemigo fraccione sus fuerzas y hasta para alcanzar á privarle de recursos, nada pueden contra un cuerpo de ejército que camina con las precauciones debidas. Así, pues, por grandes que hubieran sido las dificultades de Lorencez durante todo su camino, al subir á las altas mesetas del Anáhuac habría encontrado cuantos recursos ambicionara, y habría podido, sin gran demérito ni fatiga, justificar su dicho de que «era tal la superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos, (de los franceses respecto de los mejicanos) que á la cabeza de sus seis mil soldados iba á ser el dueño de Méjico.» Y lo que podía afirmarse en mayo del 62, con mayor razón se podía asegurar de junio á octubre del mismo año, en que habían desembarcado ya treinta mil hombres de refuerzos¹ y se contaba con el auxilio de tropas mejicanas, capaces por lo menos, de sufrir la comparación con los efectivos republicanos.

¹ G. Niox. *Expédition du Mexique*, pág. 740.—Al citar por primera vez datos tomados de un autor francés, me ocurre deplorar la ligereza con que el Sr. Bulnes acumuló é hizo la crítica del abundante material que tenía á su disposición. En la cuarta parte, capítulo III, páginas 388 y 389 tiene apreciaciones curiosísimas acerca de las opiniones y dirección histórica de la mayor parte de los escritores á quien cita. Dice que Loyseau, Wallou, y Timmerhans, tienen el mismo modo de opinar que Loizillon, cuando es bien sabido que los belgas y el cuartel general francés disintieron constantemente acerca de todos los puntos relativos á organización, dirección y conducción de la campaña. Si algo son los belgas, es fiscales de los franceses y no arrendajos suyos.

Asegura que Niox escribió en 1834, cuando publicó su libro en 1874.

Al abate Domenech le llama panegirista de Maximiliano: Domenech es tan panegirista de Maximiliano como el Sr. Bulnes es panegirista de Juárez. Y no se necesita haber leído los libros del fogoso director de la prensa en el gabinete, para estar seguro de que ha hecho el juicio más sangriento, aunque el más exacto, del emperador y sus cosas; basta conocer cualquiera de los trabajos que se han escrito sobre la intervención, en todos los cuales aparece copiada sin falta la opinión de Domenech, sobre las labores de Maximiliano durante su viaje á América.

Habla de un historiador Marx á quien califica de político y economista. No conozco ni sé que haya otro historiador de ese nombre que Adrien Marx, autor de un librito de sesenta y tantas páginas que lleva el título de *Revelations sur*

Juárez ó sus consejeros obraron, pues, con alta y noble previsión al fortificar á Puebla, pues ya contaban con que no podrían presentar batalla campal á los franceses, y que estos no se atreverían á dejar á retaguardia un punto fortificado tan importante como aquei. Puebla vino á ser el baluarte de la República y el antemuro de la ciudad de Méjico; y en verdad que no puede llamarse torpe la providencia que trajo como resultado impedir que la capital retardara catorce meses su caída en poder de los invasores, y que dio lugar á la formación de las tropas de reserva y del ejército del centro, que fueron la base de la nueva campaña.

Y la prueba que los aprestos y sólo los aprestos de Puebla habían impedido el avance del ejército enemigo, la encontramos en todos los autores franceses. «Allí quedamos por mucho tiempo, atados de piés y manos, en la inacción y en la impotencia. El material destinado al sitio se hallaba todavía en Veracruz y nadie podía predecir la época en que llegaría á las altas mesetas del Anáhuac.... Era tiempo ya, pues una espera mayor habría acabado por desanimar al ejército.¹

«Nada indicaba que fueran á comenzar pronto las operaciones del sitio de Puebla. Oficiales y soldados se quejaban á la vez de la prolongada espera á que se les sujetaba y que era el lado opuesto de la precipitación temeraria con que había procedido el general de Lorencez. Los tropas que habían formado la brigada de este general ardían en deseos de vengar su descalabro, y las divisiones que habían desembarcado en el mes de octubre..... comenzaban á arrepentirse de su desdén contra los defensores de Orizaba....

la vie intime de Maximilien He registrado muchas veces el tomito y doy mi palabra al señor Bulnes de que no contiene aquél una sílaba sobre política, ni menos sobre economía política. Marx, que nunca estuvo en Méjico, escribió su opúsculo con los datos que le suministraron el pintor Beaucée y otras personas que conocieron al emperador.

Pero el colmo del descuido es incluir entre los historiadores del imperio mejicano á Bazancourt, que no escribió acerca de México más que un opusculillo insustancial en que el señor conde hace á su manera la historia del país hasta los días de la convención de Londres, y en que no se menciona siquiera la ruptura de las conferencias de Orizaba. Querer, pues, encontrar apreciaciones sobre la guerra ó la política mejicanas, en la obra de Bazancourt, es como tratar de aprender de memoria los salmos salomónicos, que el Sr. Bulnes menciona dos ó tres veces en su libro sobre Juárez, ó la FLOR DE UN DÍA, POR CAMPOAMOR, que cita en *Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia*.

¹ Général Du Barail. *Mes souvenirs*, tome deuxième, pág. 388, 389

«Espera tan larga implicaba una confesión de impotencia ante los mejicanos. Y aparte que les concedía tiempo para prepararse y organizar sus operaciones, inflamaba el ánimo de los que nos eran hostiles y descorazonaba á los que con tanto gusto habían aceptado nuestra intervención.»¹

«Todavía estamos en Quecholac, fastidiados por la inactividad. El general en jefe usa de una prudencia que en mi concepto resulta imprudencia: considera á este triste ejército mexicano con los honores debidos á un ejército ruso ó austriaco.»²

«La necesidad de aguardar por más de cinco meses y en condiciones detestables los recursos y materiales que hubiéramos debido encontrar en el punto mismo en que inaugurábamos las operaciones, ejerció una influencia muy perniciosa en la salud y en la moral del soldado, comprometió el prestigio de nuestras armas, reconquistado tan brillantemente en el cerro del Borrego, y, finalmente, gravó al tesoro con un gasto inútil de más de ocho millones. En Méjico, la manutención de cada soldado costaba el doble, poco más ó menos, de lo que hubiera costado en Francia. Nuestra inacción, en presencia de aquel enemigo tan poco temible, nos molestaba en extremo y era muy severamente interpretada en Francia.»³

Por otra parte, era patente la necesidad de presentar ante los extranjeros invasores un mediano núcleo de ejército, en lo posible bien instruído y organizado y cuya existencia y acción vinieran á demostrar á los que nos motejaban de pueblo salvaje, ingobernable y ajeno á todos los hábitos de cultura y policía, que esas censuras sólo tenían origen en la malquerencia de nuestros enemigos y en la ignorancia de los extraños.

Figurémonos por un momento que Juárez, en 1862, con espíritu profético, hubiera penetrado lo que el Sr. Bulnes había de imponerle como deberes en 1904, y que, conforme con ese dictamen, hubiera dividido las tropas mejicanas en las innúmeras guerrillas que quiere el autor del «Verdadero Juárez.» En primer lugar, no era empresa llana el poner á combatir gente ignorante y colecticia contra tropas perfectamente organizadas y disciplinadas: el incidente del Camarón, en que una sola compañía del regimien-

1 Général Thoumas. *Les français au Mexique*, pág. 135 y 136.

2 Loizillon. *Lettres sur l'expédition du Mexique*, publiées par sa sceur, pág. 38.

3 L'intendant général Wolf. *Mes souvenirs militaires*, págs 255, 297.

to extranjero detuvo por cerca de veinticuatro horas á más de mil mejicanos y les causó trescientas bajas entre muertos y heridos,¹ es buena prueba de que el sistema, por lo menos en los primeros tiempos de la invasión, mientras el ejército no se fraccionara, habría resultado contraproducente é irracional.

Y luego ¿á qué represalias, á qué espantosas venganzas, á qué indescriptibles horrores habría dado lugar la guerra de guerrillas practicada en puridad y con exclusión de cualquiera otra? Si contando con ejércitos regulares y bien organizados, sobrevinieron la ley de 3 de octubre, las cortes marciales y las infamias de los Stoeklin, los Dupin y los Berthelin, ¿qué habría sucedido si nuestras tropas hubieran tomado la iniciativa en el desafuero y en el abuso?

Si en vez de querer Juárez la salvación de la República hubiera maquinado su pérdida, sin duda que habría dispuesto esa atomización de las tropas republicanas: teniendo que optar el país, entre un ejército altivo, duro y desapoderado en casi todos sus procedimientos, pero al fin ejército, y el desorden, la anarquía, la desmoralización y el robo que le opusieran las guerrillas encargadas de defender á la patria, se habría decidido por el ejército, aunque estuviera compuesto de los *vaitres* más espantables. Entre el programa de Forey y el programa de Rojas, no había vacilación posible.

Si el Sr. Bulnes quiere formarse una idea exacta de lo que eran las guerrillas y de cómo se las miraba en las poblaciones, lea el libro de D. Ireneo Paz, «Algunas Campañas,» en que se describe esa época espantosa con los colores de la realidad.

Un anciano, que en los principios del 63 era mozo y emigró á los Estados Unidos para trabajar allá en defensa de la causa republicana, me ha referido los tártagos y sustos que le ocasionaron á su vuelta. . . . ¿los franceses? ¿los afrancesados? No, pura y simplemente, las fieras republicanas que merodeaban en el sur de Jalisco.

Rojas había prometido fusilar, mirándoles como traidores, á los juaristas que no tomaran las armas, y cuando mi informante y sus amigos, hombres de pluma, desembarcaron en Manzanillo y avanzaron hacia el interior del país, experimentaron varias curiosas impresiones: sentirse confortados al ver un puesto francés, alegrarse al saber que no andaban guerrillas por los lugares que te-

1 G. Niox. Op. cit. págs. 297 á 300.

nían que recorrer, y alzar las manos al cielo al percatarse de que el paladín republicano, el guerrillero ideal, el hombre á quien el Sr. Bulnes habría quizá confiado la defensa del territorio, Rojas, en fin, había sido muerto en una refriega con los franceses.

El valer estratégico de Puebla no ha sido nunca contradicho. Situada cerca del río Atoyac, á 139 kilómetros de la capital por la antigua carretera de Río Frío, centro de una comarca agrícola riquísima, rodeada de lugares grandes y bien provistos y habitada por una numerosa, selecta y culta población, justifica de sobra el parecer de D. Manuel Gómez Pedraza: «este Estado, por su situación topográfica y su importancia real, ha ejercido y ejercerá siempre una influencia decisiva en la suerte de la nación»¹

En su famosa carta al general Forey, decía Napoleón III (á quien el Sr. Bulnes califica de político y estratégico nunca visto) lo siguiente, que es la condenación más palpable de las ideas de nuestro autor.² «Recomiendo al general Forey no se limite á tener una sola línea de operaciones. Puede juzgar conveniente despejar el camino de Jalapa: pero en su lugar yo no lo haría sino hasta *después de llegar á Puebla*. Porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, permanecería en esta última ciudad y de ella enviaría una columna sobre Jalapa, lo cual abriría los dos grandes caminos que conducen á Veracruz. . . . Cuando Puebla haya caído ya en nuestro poder, *tiene que convertirse en nuestro gran depósito y en centro para adquirir provisiones y establecer hospitales*. . . . Muy esencial sería un camino de hierro de Veracruz á la falda de las montañas; ya me dirijo al cónsul de Francia en Nueva York para saber en qué condiciones podría tenderle un empresario americano.»

Por último, un oficial extranjero nos da la clave del afán que por defender á Puebla mostró el gobierno republicano: «Puebla fué siempre la capital reaccionaria y clerical de Méjico; se la llamaba Puebla de los Angeles y en verdad que no había usurpado el nombre. Por eso el gobierno liberal mostraba doble interés en prolongar la resistencia: por una parte, probaba que el partido disidente estaba obligado á luchar á su lado y contra el invasor, y por otra, destruía de arriba abajo la ciudadela de sus adversarios políticos, castigándoles por su tenaz oposición.»³

¹ Manifiesto de D. Manuel Gómez Pedraza, publicado en Nueva-York.

² Niox. Op. cit. pág. 216.

³ Général Du Barail Op. cit. pág. 428.

EL SEÑOR BULNES Y LA BATALLA DEL 5 DE MAYO.

El sistema del Sr. Bulnes es por extremo curioso: siempre que hay algo malo que decir del gobierno republicano (y siempre hay mucho malo que decir del gobierno republicano, según el Sr. Bulnes) la culpa es de Juárez, así se trate de táctica, de poliorcética, de balística, de fortificación permanente ó pasajera ó de alguna de las innumerables disciplinas que, según el modernohistoriador, tenía don Benito necesidad de conocer por sus puntos. Pero cuando hay algo bueno que notar (y también se da el caso dos ó tres veces en el libro) entonces no es Juárez el autor de la providencia favorable ó de la previsión confirmada ó del suceso que se realizó conforme á planes bien calculados; entonces el autor es otro, ya sea hombre, institución ó fuerza de la naturaleza.

Así quien ocasionó el llamado desastre de Puebla fué Juárez, mas el autor de la salvación de Méjico, en mayo del 62, fue el general Zaragoza, que se manejó con suma habilidad y prudencia, que emprendió una habilísima retirada y que al defenderse en Puebla evitó la caída de la capital.

Sin embargo no ha sido siempre el mismo el parecer del Sr. Bulnes acerca de Zaragoza. En otro de sus libros¹ censura acremente al vencedor del 5 de mayo porque no tomó la ofensiva cuando huía desorganizado el enemigo, y cuando el general Lorencez había colocado su artillería tan torpemente que hubiera podido salir un kilómetro de las trincheras la infantería mejicana sin encontrar la zona arrasada por la metralla. Le atribuye el error que cometió Bazaine en la batalla de Saint-Privat; le acusa de haberse desmoralizado y le reprocha duramente no haber tomado la ofensiva, como la tomaron los mejicanos en la Angostura, batalla, según el historiador-poeta, fina, elegante, artística y no sé si también sabrosa y bien hablada.

Voy á demostrar al Sr. Bulnes que el 5 de mayo, tanto en el lado francés como en el mejicano, pasaron las cosas tal como debían haber pasado, dadas las sendas situaciones de los combati-

¹ «El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos,» por el Ingeniero Francisco Bulnes, pág. 143.